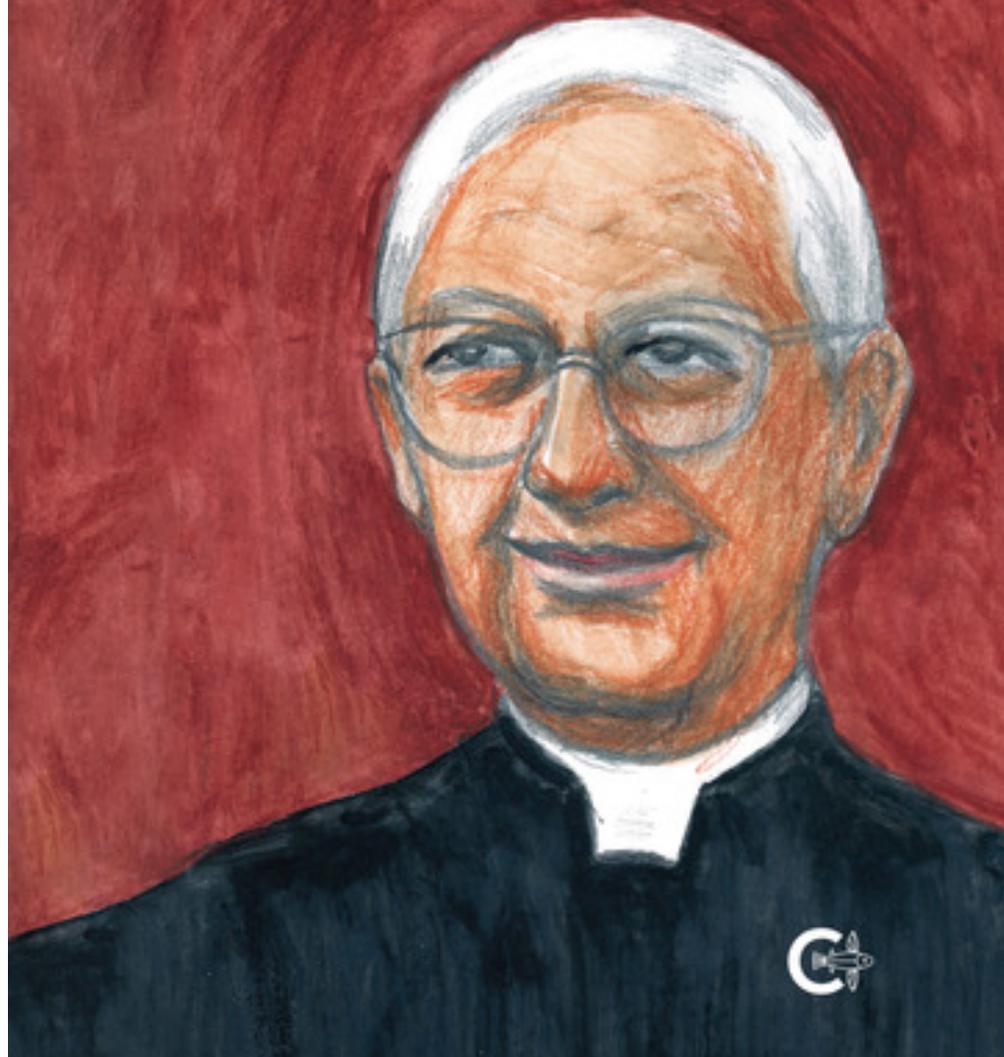


María Luz Gómez

El beato don **ÁLVARO**
DEL PORTILLO



Prologo

Me mueve a escribir esta sencilla biografía personal e ilustrada, de una gran persona sobre la que tanto e inmejorablemente se ha escrito, el deseo de darla a conocer a algunas personas más. Ya que hay quien no se atreve con libros extensos, por buenos que sean y bien documentados que estén, y en cambio se animan con otros más ligeros que pueden leer en el metro.

D. Álvaro fue desde muy joven, el principal apoyo de San José María Escrivá, Fundador del Opus Dei. Su sucesor y el Primer Prelado de la Obra, al ser aprobada por el Papa San Juan Pablo II como Prelatura Personal.

Capítulo I. “Raíces”

Empiezo por hablar de estas porque las juzgo interesantes; creo además, que influyen en gran manera en nuestra forma de ser y actuar, y comparto la idea que Antoin de Saint Exupery expresó de manera gráfica en sus famosos versos:

“Cada vez más profundo. Más profundo y más alto. Más enredadas las raíces y más sueltas las alas.

Profundidad del infinito vuelo. Libertad de lo bien arraigado”.

Las de D. Álvaro pertenecían a dos ramas de un “tronco” profundamente católico: una de ellas era española y la otra mexicana

Sus abuelos paternos eran D. Francisco del Portillo y D^a Concepción Pardo, él madrileño; y ella santanderina. Se conocieron durante un verano que él pasó en Santander, se enamoraron y no tardaron en casarse.

Y eran los maternos D. Ramón Diez de Sollano, nacido en Álava pero de ascendencia vasca, y D^a M.^a Ángeles del Portillo, prima de D. Francisco e hija de unos terratenientes mexicanos del Estado de Morelos.

Los primeros vivieron en Madrid y tuvieron tres hijos: Ramón, Carmen y Pilar. El mayor (padre de Álvaro) estudió la carrera de

Derecho y pronto encontró trabajo en la Compañía Plus Ultra, una importante aseguradora.

Era un buen cristiano, físicamente atractivo y muy amigo de la puntualidad y el orden. Le gustaba la “fiesta nacional” (era aficionado a los toros) y de vez en cuando asistía a alguna corrida. Otras veces las seguía por la radio.

Las hijas se educaron en un colegio de religiosas, donde recibieron una buena formación espiritual conforme a la que les daban sus padres, y aprendieron cultura general, labores domésticas, bordado, francés, algo de música y a tocar el piano. Lo que era común en la época para las chicas de clase media alta.

Los padres cultivaban en el hogar las costumbres cristianas heredadas de sus mayores: ofrecimiento del día; oración de la mañana y de la noche; bendición de la mesa; rezo del Rosario en familia y la asistencia, todos unidos, a la Misa Dominical.

La familia pasaba los veranos en una hermosa casa que poseían en La Granja de San Ildefonso, un agradable pueblo serrano de la Provincia de Segovia. D. Francisco la había heredado, junto con su prima mexicana M.^a Ángeles; pero hasta el momento, nunca se le había ocurrido a ella venir a España.

El apellido Diez de Sollano del abuelo materno, no era el común Díez. Venía de unos antepasados: diez hermanos que fueron en tiempos remotos señores de Sollano (pueblo vasco), en el que “tanto montaba uno como otro” y firmaban los documentos: “uno de los diez de Sollano”.

D. Francisco se educó en Francia y emigró después al mexicano Estado de Morelos. Allí trabajó en un Ingenio Azucarero (San Antonio del Puente) cercano a Cuernavaca. Con los ahorros que traía, unidos a lo ganado allí, consiguió hacerse dueño del Ingenio comprándolo a su dueño, que ya era mayor y deseaba jubilarse.

En unas fiestas que se celebraron en Cuernavaca conoció a M.^a Ángeles del Portillo, de la que se enamoró profundamente

siendo correspondido. Aquella muchacha era propietaria de la Hacienda Buenavista, heredada de sus padres y también próxima a aquella ciudad. Su extensa huerta producía guayaba, mango, plátanos, naranjas, café, y una gran cantidad de flores.

Ambos terratenientes, después de un breve noviazgo para comprobar si realmente se querían, congeniaban y podrían formar un matrimonio feliz, se casaron en la Parroquia de Guadalupe de Cuernavaca,

Los co-propietarios alternaban la estancia entre sus dos Haciendas y en ambas aunaban la justicia con la caridad. Se prodigaban con sus colonos y empleados, a los que trataban como a hijos. Los sueldos eran generosos y siempre fueron asistidos por los amos en sus necesidades espirituales y materiales.

En las dos tenían Iglesia, donde un sacerdote decía Misa los Domingos y festivos; daba a menudo la Bendición con el Santísimo; celebraba la Semana Santa incluso con procesiones; y rezaba el Rosario durante el mes de Octubre. Principalmente a las Misas y a las celebraciones de Semana Santa, solían acudir todos los moradores.

También los amos habían instalado en sus Haciendas un pequeño hospital con personal sanitario, y una escuelita para los niños. Estaba dotada de un pequeño internado a modo de hogar, para aquellos que habían perdido a sus padres.

Los amos se ocupaban de que todo “marchase”; y M.^a Ángeles visitaba frecuentemente a sus colonos para conocer sus necesidades “in situ” y ayudarlos a resolverlas. Se ocupaba especialmente de los enfermos que no hubieran sido hospitalizados y de los partos. Además de llamar al médico y al sacerdote cuando era necesario, ayudaba a cuidarlos, les llevaba las golosinas que podían tomar y les ofrecía cuantos consuelos le era posible. Años después hizo que la acompañaran sus hijas en aquellas visitas, en cuanto tuvieron la edad suficiente. M.^a Ángeles consideró aquello primordial en su educación.

Jamás aquellos campesinos (como por desgracia ocurría en otras muchas otras Haciendas) fueron despojados de sus tierras, sino ayudados a conservarlas en buen estado.

Aquel matrimonio fue muy feliz, pero no demasiado prolífico. Su hija mayor (Clementina, la madre de Álvaro), vino pronto al mundo. Pero la segunda y última (Dolores) tardó doce años en seguirla.

Clemen (apelativo familiar de su hija mayor), fue siempre una niña muy rica: bonita, inteligente, cariñosa, alegre, educada y piadosa. Además de estudiar, aprender labores domésticas y acompañar a su madre en cuanto tuvo edad para ello, en sus visitas a los colonos, hacía una vida un tanto salvaje. Le encantaba cabalgar y desde los trece años montaba al “Prieto”, un joven pura sangre negro bastante indómito, con el que pocos se atrevían. Pero Clemen se había ganado su cariño y con ella resultaba una malva. Y con frecuencia se acercaba, montada en él a la amazona (moda de la época), a “Los Ojitos”: unas lagunas cercanas de agua muy fría en la que le encantaba nadar.



Cuando cumplió los quince años, sus padres decidieron mandarla a Londres para completar su educación. La matricularon en un colegio que regentaban en aquella ciudad las religiosas “Esclavas del Sagrado Corazón”. Y allí recibió durante tres años

una buena formación religiosa (que complementó la del hogar) y cultural. Le gustaban sobre todo las letras y entre ellas la historia y la literatura. Aprendió a hablar perfectamente francés e inglés. Iba a Misa diaria, hacía oración y lectura espiritual, y su libro de cabecera era “La imitación de Cristo” de Tomás de Kempis.

Durante los tres cursos que pasó Clemen en Europa (a los dieciocho años se dio por concluida su educación), decidió su madre que la familia pasara los veranos en España, compartiendo con sus primos la casa de La Granja. Allí se conocieron y enamoraron Ramón y Clemen.

En el tercero de aquellos veranos, último que los mexicanos pasaron en España, Ramón acababa de aprobar la carrera de Derecho con inmejorables notas. Y dijo a la que ya era su novia, que había pensado retrasar su boda hasta que hubiera encontrado un trabajo estable, y ahorrado lo suficiente para que pudieran empezar sin agobios su vida en común. Además ella era aún demasiado joven. Mientras tanto se escribirían a diario, contándose hasta el detalle más insignificante de sus vidas. Cuando llegara el momento, el alquilaría un buen piso para recibirla. Sería céntrico, soleado y amplio; porque tal vez su familia se animara a visitarlos alguna vez y porque se hacía la ilusión de llegar a ser familia numerosa. Su madre y hermanas le ayudarían a acondicionarlo y ella le daría los últimos toques. Iría a México a buscarla y se casarían en Cuernavaca al igual que sus padres. La vuelta a España sería un bonito viaje de novios. México no estaba con relación a España “a la vuelta de la esquina” y el viaje en barco (único posible entonces) duraba unos cuantos días.

Lo harían así, si ella estaba de acuerdo. Y lo estuvo.

Los mexicanos regresaron a su tierra y Clemen volvió a hacer la vida en las Haciendas que interrumpió su marcha a Europa. Con la añadidura de pasar un buen rato a diario escribiendo ternizas, y otro en la preparación de su equipo de novia, bajo la sabia

dirección de su madre y .ayudada por ella, una costurera contratada, y la más bien “desayuda” de su hermanita Lola.

Tardó cinco años en juzgar Ramón que el momento feliz había llegado. y llevó a cabo punto por punto el programa que se trazó. Alquiló el primer piso de un hermoso inmueble situado en el n.º 75 de la calle de Alcalá ; dejó a su madre y hermanas acondicionándolo y se embarcó rumbo a México.

Los novios se unieron en matrimonio en la Primavera de 1.908, en la Parroquia de Guadalupe en Cuernavaca como los padres de Clemen, que los apadrinaron. Lola (ya con once años) fue su dama de honor. La novia había cumplido los veintitrés y el novio tenía veintinueve.